

Patricia Camacho Quintos
Danza y maternidad
El Universal
11 de mayo de 2002

Cuando una persona se dedica al arte de la danza se deja fecundar por lo que de su entorno le conmueve, gesta en su ser algo verdaderamente nuevo y conmovedoramente hermoso. Pare al fin frente a su público. Y lo que ha obsequiado en una función o en una temporada cobra vida independiente; deja de ser suyo aunque, a la vez, siempre será parte de sí.

Mujeres y hombres de la danza pueden, en ese sentido, experimentar la maternidad creativa. Y un ejemplo, quizá uno de los más elocuentes hoy en cartelera es el trabajo *Con tinta de hojas*, que Pilar Medina gestó durante largo tiempo, trémula de dolor y espanto, al percatarse de todas las ausencias que le dejaban en sí misma sus muertos.

Tuve contacto varias veces con Pilar Medina cuando estaba en pleno embarazo de esta obra. Me decía: "Estoy agotada. No encuentro la música precisa. Busco, trato de encontrar, intento una y mil veces".

Lo que le ocurría, creo yo, es que estaba posando su oído en su alma. Estaba aprendiendo a hablar con franqueza sobre una realidad que le sobrecogía. Y trataba de escuchar sus voces, su eco, sus murmullos. Una frase danzada de aliento salía del percutir de sus tacones y tras tanto descubrir y navegar por su torrente interno, halló en el silencio el lugar más hondo y cierto.

Todo aquello, señala ella misma, son los "cómplices de la caída y el entendimiento. Vértices del temblor en cuerpo y del verso en centro. Presenciar ausencias cerrando el corazón abierto. Sellar la tierra, emocionar al viento, seguir creciendo lentamente hasta el vivo anhelo de abrazar lo incierto... Todo está aquí, en esta pequeña historia que fluye en la sangre y se anida en las hojas del tiempo. Todo está aquí, en una mirada inquieta por verlo".

Paradójicamente a su naturaleza de danza fúnebre, de réquiem poético, es un trabajo fecundo y vital. De esta última condición se deriva su naturaleza de ser, de poder ser expresado y compartido, de dar giros de plenitud y de abrazarse al aliento, a la fe en la respiración de uno mismo, a su pulso, al recuerdo necesario de estar vivo.

Madre de otras creaciones, a saber: *Bodas del quebranto* (1982); *Golpes de tierra* (1982); *Himno* (1985); *Entrega inmediata* (1988); *Misa en ti* (1990); *El águila dorada* (1992); *La semilla* (1995).

Con tinta de hojas es en Pilar Medina el más reciente parto dancístico, el cual se presenta como parte de una trayectoria sólida y exitosa, no en el sentido de haber alcanzado las metas propuestas por una adecuada estrategia de *marketing*, sino por haber logrado transformar la percepción y habitar el registro memorable de los espectadores de sus trabajos. Me cuento entre ellos.

Equívoco sería pensar a esta creadora encerrada en una burbuja del mundo del arte. Por el contrario, su mundo de creación se abre plenamente a la convivencia cotidiana, a resolver los apremios de la vida diaria. Y a su maternidad artística se suma la maternidad biológica y emotiva con la que engendró, dio vida, formación, cauce y valores a su joven hijo Jerónimo, médico de profesión.

Lo que se hereda no se hurta. Y Jerónimo heredó de Pilar Medina la vocación por sanar, él a través de la ciencia. Ella lo hace desde siempre mediante la fineza de su arte.

Con tinta de hojas se presenta todos los lunes de mayo a las 20:30 horas en la sala Villaurrutia del Centro Cultural del Bosque (atrás del Auditorio Nacional). Descuentos a profesores, estudiantes e Insen. Es un trabajo que pretende recordarnos que, a veces, para seguir viviendo, hay que aprender a suturar las heridas que nos dejan las ausencias. No se la pierda.